

TENTACION CONTRA LA IGLESIA*

SUMARIO: *Tres maneras de tentación.—Dolorosos testimonios.—Motivos también dolorosos que explican o atenúan aquellas actitudes.—Características de las mismas: 1) ansia de novedad; 2) desconocimiento de realidades anteriores; 3) crítica excesiva; 4) irrenismo; 5) disconformidad con la Iglesia.—Posibles respuestas.—Respuesta histórico-teológica: crisis casi periódicas superadas por la firmeza de la Iglesia.—Ejemplos: el Liberalismo; el Americanismo; las desviaciones de la Democracia Cristiana; Le Sillón; el Modernismo, etc.—Reverencia y obediencia al Magisterio de la Iglesia.*

Tentación abiertamente consentida en quienes caen, por ejemplo, dentro del lamento de Pío XI: «Con cuánto dolor vemos que no pocos de nuestros hijos dejan el campo de la Iglesia para engrosar las filas del socialismo» (Q. A., 50).

Resistida en muchos con toda la exigencia ignaciana de cerrar los ojos y, rendidamente, «lo blanco que yo veo creer que es negro, si la Iglesia jerárquica así lo determina».

Tentación flojamente rechazada en otros, porque admiten transacciones. Tentación no de abandonar la Iglesia, pero sí de no seguirla fielmente, de no obedecerla a ciegas. Con un como avergonzarse o sonrojarse al menos, ante esta Madre a la que, por otra parte, se sienten faltalmente unidos. Se la quisiera más moderna, menos atada a lo tradicional y más arriesgada y abierta a las novedades. Con desenfado se ha llegado a formular por *Jeunesse de l'Eglise*: «Se puede ser fiel a la Iglesia, aun resistiéndola.»

Testimonios que son manifestación de esa tentación, más o menos intensamente sentida, y de esa lucha por armonizar el querer seguir pertene-

* La crudeza con que se recogen y acumulan en la primera parte de este trabajo las acusaciones contra la Iglesia, podría desconcertar a algún lector y ser interpretada maliciosamente como cierta connivencia con los acusadores. Sin embargo, la sensatez de nuestros lectores habituales y la bien conocida del autor, cuya intención queda claramente explicada en el decurso y al final del artículo, nos han decidido finalmente a publicarlo superando nuestras dudas. A ello nos mueve, principalmente, el deseo de que la gravedad y la extensión del mal, que ese criticismo amargo y desaforado entre los mismos católicos supone, no quede oculto o disimulado para aquellos sectores a quienes importa más conocerlo y de cuyo celo ilustrado y seguro cabe esperar el mejor remedio. N. de la D.

ciendo a la Iglesia, pero con «exigencias», podrían multiplicarse; de fronteras afuera y de fronteras adentro; aunque, sin duda alguna, más moderados estos últimos. Sólo alguna muestra:

En una encuesta realizada por *Esprit* (febrero 1945) sobre el comunismo y los jóvenes, un normalista respondía: «La tentación comunista, para el cristiano, es, en el fondo, la espiritualidad sensible: alegría sensible del trabajo; de una camaradería viril, más exultante aún por el hecho de ser una fraternidad con el mundo de la miseria; alegría de un mesianismo que siente inminente su culminación. A esto se agrega para el cristiano la tentación de origen negativo: la abyecta fatuidad de una Iglesia a la cual ha abandonado el Espíritu. Algunos casos de santidad individual pueden salvar el alma de la Iglesia ante Dios, pero no su cuerpo ante los hombres»¹.

De otra encuesta en la misma revista («Mundo cristiano, mundo moderno», agosto 1946) se encargó la conclusión al Abate Depierre, de la Misión de París. Depierre exige a la conciencia católica «unirse al espíritu revolucionario de las masas»: «Hoy día, frente al régimen económico-social que reduce a esclavitud a los proletarios, la conciencia católica no se muestra sensible al destino proletario, olvida unirse al mismo con todas sus fuerzas: y por lo mismo la humanidad se organiza sin ella. Los cristianos de hoy, fortalecidos por un gran pasado, ¿no deberían comulgar con la fe y la abnegación que los grandes socialistas han comprometido en la edificación de la ciudad fraternal?»

No debemos hurgar en la llaga de los Sacerdotes Obreros, la aventura heroica sobre la que tanto se ha escrito con aplauso y simpatía, o con hiriente incompreensión. Las frases de sus cartas y manifiestos han de ser ambientadas en la crisis de la dura prueba, a la que varios no supieron someterse. Del episodio tomaron pie escritores como Mauriac para pedir una especie de nuevo Concordato entre la Santa Sede y Francia, poco menos que exigiendo que la autoridad francesa pueda oponerse a determinaciones de Roma. Otros políticos secundaron su protesta.

Recogíamos arriba una frase de *Jeunesse de l'Eglise*, condenada después de haber sido denunciados expresamente algunos de los principales errores doctrinales que contenía: «Persistencia de un espíritu de denigración sistemática de la Iglesia, una intolerable pretensión de reformar la Iglesia sin la Jerarquía, y de querer ser fieles a la misma Iglesia, aun resistiéndola.»

Ignacio Lepp, en su libro prohibido *Espoirs et deboires du progressisme*, habla del «drama del progresismo». Encuentra torturador «ser fiel a la Iglesia, pero hombre de época». «¡Qué fácil ser cristiano repitiendo gestos y

¹ Con sentido más exacto, y quedando dentro de la ortodoxia, se vienen al recuerdo aquellas frases de F. de Castro: «Salvo en algunos casos, como determinadas vocaciones religiosas y excepciones al estilo del Abbé Pierre, la vida de los cristianos en nada se distingue de la vida de los incrédulos; unos son mejores y otros somos peores que los incrédulos, pero nada más.» (*Del paternalismo a la justicia social*, pág. 101. *Euroamérica*.)

fórmulas!» Y sin duda aludiendo a su caso: «Cristiano apasionadamente adherido a su fe, queriendo ser fiel a la Iglesia, pero encontrando numerosas dificultades para armonizar perfectamente su religión con su situación concreta de hombre de su época, a la cual le es imposible renunciar.»

La *Quinzene* (mayo 1956) echa en cara a la Acción Católica Obrera no haber realizado una ruptura completa con la sociología burguesa de la Iglesia. Un grupo de militantes obreros franceses (febrero 1954), rechazando por una parte «toda idea de cisma o separación», afirmaba que las decisiones de la Jerarquía (en lo de los Sacerdotes obreros) suponía «un grave riesgo para la fe de millones de cristianos, comprometiendo para muchos años la presencia de la Iglesia en el mundo obrero».

El documento *Le catholicisme espagnol* (*Esprit*, sep. 1957), «redactado por un grupo de sacerdotes, obreros y profesores españoles, para ser presentado al Congreso de Apostolado seglar, en noviembre último», con todas las aclaraciones y protestas de «no indisciplina» y de sumisión a la Jerarquía, refleja esa tentación, por ejemplo al pedir el «desaburguesamiento de los cuadros eclesiásticos, de la conducta, métodos, mentalidad de nuestra Iglesia jerárquica». Y «el abandonar todo contacto con el tipo de vida social inconciliable con todos los tipos posibles de vida cristiana», cosa que no hace la jerarquía. Como previendo el escándalo posible, aclaran a continuación que debe distinguirse lo divino y sagrado e intocable de la Iglesia, de lo humano que puede llegar a ser caduco y transformable.

La referencia literal del «Informe al Comité Central del Partido Comunista español» (julio 1957), de Dolores Ibarruri, repetidas veces alude a la conducta y las frases pronunciadas por obreros católicos, según ella, en oposición a la Jerarquía eclesiástica española, a propósito de manifestaciones de protesta sucedidas en los últimos años. Dice, por ejemplo: «El desarrollo de la situación ha conducido a la HOAC y la JOAC, en la medida en que las Jerarquías de la Iglesia española aparecen ligadas con la política del régimen, a entrar en conflicto con estas mismas jerarquías.» «En Tarrasa la JOAC ha luchado estrechamente unida con nuestros camaradas (comunistas), y cuando los dirigentes de Acción Católica de Barcelona les han llamado al orden, su respuesta ha sido: «Somos católicos, pero ante todo somos obreros y luchamos por nuestros intereses con todas las armas»².

Esto es algo de lo que se escribe. Pero ¿a quién no le sería fácil llenar páginas con lo que se oye en Círculos de estudio, Asambleas, conversaciones, de buena o de mala fe, como desahogo o atacando duramente a la Igle-

² Las revistas se están haciendo eco, en estos días, de la reacción ante el artículo del Card. Ottaviani: «Servir a la Iglesia y no servirse de ella», en la serie de los planeados en *Il Quotidiano*, bajo el título: «Defendamos la Iglesia»: «En nuestros días se habla mucho y duramente de la Iglesia... No hablo de países donde la Iglesia está cautiva...; pienso en nuestros países de mayoría católica... ¡Qué de injurias cada día, desde las más ruidosas hasta las más insidiosas!...»

sia, la jerarquía, sus disposiciones y sus silencios; con atrevimiento en unos, con desilusión en otros, pero todo ello patentizando esa tentación contra la Iglesia?

Comentando la Encuesta que lanzó la Comisión Nacional de la JOC, como preparación de la concentración en Roma (agosto 1957), dice el Consiliario Nacional (*Ecclesia*, n.º 843): Se lanzaron 40.000 impresos-encuesta religiosa para la masa; solamente respondieron 3.400, con lo que esto puede significar de indiferencia y cansancio; no es raro el caso de muchachos de 18, 20 años que ya no creen en nada, que nada esperan. Tenemos en España el grave problema de los miles de muchachos obreros que cada año dejan la escuela primaria para recibir el espaldarazo del taller, la fábrica, la mina, donde aprenden que la religión es cosa de mujeres y niños, que el amor no existe, que la Iglesia está aliada al capitalismo, con una indefensión absoluta ante estos ataques diarios, constantes, desnudos totalmente de respuestas para su misma evolución y en crisis. Se puede llegar pronto a insumisión a la Iglesia, como en Francia, donde «35 por 100 de los que practican defienden el divorcio». Y entre los jóvenes obreros, ese apuntar trascendentales dudas contra la fe, es en gran parte por no fiarse de la autoridad de la Iglesia.

El firmante de *L'Espagne ouvrière est-elle catholique?*, artículo sensacionalista, dolorosamente infantil en muchos pasajes³, con citas, no sabemos si de G., «obrero especializado, de anchas espaldas, de espesas cejas»..., o de alguno de los amigos que el tal G. le proporciona como informadores, recoge que «la Iglesia no es la religión de Cristo»; «el clero católico se desentiende del pueblo»; «creen que la doctrina de Cristo es falsificada de una manera sistemática y constante».

Explican la conducta y las expresiones a veces y atenúan en las no justificables las lamentables realidades con que la generación joven se ha encontrado:

Un capitalismo egoísta, anclado, con el lastre liberal, en una política económica dura y frecuentemente injusta. Falta en los cristianos, de lo que Cristo ponía como distintivo: la caridad. Falta de justicia y sentido social; conciencia sin escrúpulo ante el negocio, ansia desbordada de dinero, desarrollada cómodamente en clima capitalista; como subraya gráficamente el P. Lombardi: en el confesonario se oyen casi exclusivamente quejas de lo poco que se gana, nunca de que se gana demasiado. Falta de manifestación de la fe en los pueblos que se dicen católicos: en las grandes ciudades cumplen con el precepto dominical y pascual escasamente el 10 por 100; las

³ NOIRMONT, en *La Revue Nouvelle* (julio 1957). Hay en los sacerdotes —dice— «métodos autoritarios de presión»; desde obligar un cura a los obreros a construir su presbiterio... «hasta impelerles moralmente a asistir a los Ejercicios Espirituales en retiro; y reciben el salario si saben la doctrina...»

naciones protestantes se escandalizan de ésto, como del trabajo del domingo de los católicos. Un número ingente de proletarios, con conciencia de clase cada vez más acusada, confiados en el poder del número, malviviendo, amargados, en los cercos suburbanos de las grandes ciudades, en contraste con el lujo de los centros urbanos. Una clase obrera descontenta con su suerte y queriendo salir de ella rápidamente, ruidosamente. Los medios de hablar a las conciencias le parecen paliativos, engaños, opio para adormecerlos en sus reivindicaciones, y concesiones a la injusticia. Una respuesta comunista a esa revolución obrera en marcha, que promete solucionar el problema. Modernamente, sobre la impresión de temor y aun terror por la bomba y la dinamita con que el marxismo acorraló a muchos e impuso silencio a otros, el país «oficialmente» comunista, ha demostrado que en él es un hecho el progreso técnico y que puede dialogar, casi de arriba abajo, con la potencia capitalista. Un enfriamiento patrio como consecuencia inmediata; y un enfriamiento religioso hasta llegar a lo que se llama apostasía práctica. Un paternalismo de Estado, por el catolicismo oficial y las realizaciones sociales, que entre sus grandes ventajas tiende a fomentar la inflación religiosa, adormeciendo personalidades y facilitando la vida a los perezosos. Un desencanto e inquietud en la juventud clerical y laical; buscando, en el sinsabor del descontento y del fracaso, remedio eficaz.

En Francia, el diálogo entre la Iglesia y la humanidad contemporánea está entablado de una manera viva y dramática. En otras naciones se percibe y se recoge más o menos intensamente el eco de los acontecimientos franceses. La reacción ante el contacto con la miseria material y moral de la masa obrera les lleva, con buen deseo a veces, a dar pasos en falso, frecuentemente extraviados. El Comunismo se ofrece tentador ante el fracaso; a muchos les trastorna, como a Depierre, cuando escribe: «Los católicos pueden comprobar que, a pesar de este régimen económico-social, asesino de almas, la fe de los proletarios en la salvación universal, su esperanza inquebrantable, su unión fraternal son, al mismo tiempo que las fuerzas del gran movimiento obrero, los más grandes valores morales y espirituales de nuestro tiempo» (*Esprit*, agosto 1946).

Con la fe que a cada cual le merezca Dolores Ibarruri, dice ella en su *Informe* que «en Barcelona, en no pocas fábricas, los obreros católicos mantienen excelentes relaciones con nuestros Camaradas; es significativo el hecho de que estos grupos no manifiesten ya una posición anticomunista, y en muchos casos marchen con nosotros honradamente»⁴.

El Comunismo está condenado por la Iglesia. ¿Cómo conciliar la fidelidad a la Iglesia con las aspiraciones comunistas? Forcejeo dramático en la

⁴ La defensa de la legalidad del Partido Comunista que ella cree ver en el n.º 1 del Boletín de la JOC, carece de fundamento; los párrafos de Cardijn son claros en su alcance. Empuja a una labor constructiva, en lucha contra el comunismo, aun cuando le reconoce estar en vanguardia de un gigantesco esfuerzo hacia la unidad internacional del mundo del trabajo.

corriente hasta alcanzar una u otra orilla. Porque la tentación es insinuante. Los que no lanzan por la borda su fe, concilian las dos cosas rechazando las estructuras eclesíásticas porque pertenecen a la sociedad capitalista, acantonando a la Iglesia en lo espiritual y asignando lo temporal al comunismo: «con los comunistas para solucionar los problemas de la tierra; con mi fe los problemas del cielo».

Las concesiones van aumentando el confusionismo. «Redención» y «revolución» se confunden, vaciando su contenido la primera en la segunda; por lo tanto, la Iglesia pierde el tiempo si no conduce la clase trabajadora hacia una conciencia de clase marxista. Se impone una reforma de la Iglesia para librarla del capitalismo burgués al que está entregada ⁵.

Las realidades no son tan extremosas en todas partes, ni con tendencia tan marcadamente marxista; y la reacción de la generación joven tiene también grados diferentes. Generalizando, podrían señalarse, entre otras, estas características, mirando más de fronteras adentro:

1) *Ansia de novedad*. «No faltan hoy quienes, amando la novedad más de lo debido, y temiendo que los tengan por ignorantes de los progresos de la ciencia, intentan sustraerse a la dirección del sagrado Magisterio» (*Hum. Gener.*) ⁶.

Novedad a la que empuja la inquietud juvenil y que reviste modalidades varias: tentación de vanidad de ser admirados como «revolucionarios»; sarampión de los años juveniles; presunción ante los «conservadores»; halago ante el gesto asustado de las madres y el comentario en el mundo de las chicas. ¿No da pie para argüir así el mismo gasto superfluo de los tan tajantes en la crítica; la distancia cordial o efectiva respecto del obrero, la consideración social del dinero, la falta de la idea de servicio, de responsabilidad, de interés por formarse socialmente para argüir con razones, no con plantas ni con críticas negativas? A veces, no en todos, parecen juegos intrascendentes, pasatiempos, como el engaño de los que con el pretexto del SUT buscan tostarse en los meses veraniegos; o «juegos peligrosos» con el

⁵ En el n.º 227 del Boletín de la HOAC se dice que ésta concibe el Movimiento Obrero Cristiano como una Confederación... dirigida por una auténtica promoción de Militantes Obreros cristianos para orientar la lucha de toda la clase obrera *en pro de la Revolución*. Más adelante se especifica que ella proporciona el instrumento para la *Revolución cristiana*. Por último se alude a ese espíritu revolucionario, en cuanto significa deseo de *cambio radical y rápido de estructuras* (páginas 7.9.11). Aun cuando tiene sentido distinto, nos parece concesión a un confusionismo buscado para impresionar una frase final: «Entre el individualismo y el socialismo, los obreros somos socialistas, lamentando nosotros, como católicos, que el socialismo sólo haya tenido como versión sociológica el marxismo.»

⁶ Comentario orientador de esta idea y las siguientes, con invitación serena a un examen de conciencia, es el libro del Excmo. Sr. Ob. de Solsona: *¿Examen de conciencia o autocritica?* (Euroamérica).

agridulce de la aventura en la asistencia al Congreso de Moscú o la lectura de *Mundo estudiantil*, por ejemplo.

2) *Desconocimiento de realidades anteriores*. O conocimiento imperfecto de la razón de hechos, acontecimientos que no saben justificar, y de lo que ligeramente «hacen cuestión». Y si, por ejemplo, por una parte esa inexperiencia de nuestra guerra y de lo que la preparó, les dispone mejor para una convivencia nacional, por otra no comprenden que aquel grado de anarquía impusiera un corte radical⁷.

3) *Crítica*. Con buen deseo a veces, y aun bien orientado. Con desenfado en el fondo y en la forma. *El Ciervo* dirá que «es necesario pinchar en el globo de nuestro catolicismo»; otros que «hay que airear las vergüenzas, ya que el peligro es de convertirse en «catolicistas».

Frecuentemente crítica despiadada la que encuentra entrada fácil en el extranjero y amplia acogida en revistas como *Esprit*, *La Revue Nouvelle*, etc. Pero ante la que, a veces, hasta los mismos extranjeros reconocen que es exagerada, y llegarán a aconsejar que «la ropa sucia se lave dentro de casa»⁸. Contra *Esprit*, aireando el documento sobre el catolicismo español a que hemos aludido, *La France Catholique* (27 sep. 1957) dirá que *Esprit* ha cometido un pecado de escándalo; se ha servido de este informe como de una máquina de guerra colocándole en el centro de su tendencia vagamente revolucionaria».

Crítica como norma: se ha puesto de moda, hasta juzgarla algunos próxima a la manía desequilibrada: del catolicismo, de la educación en los colegios, de los profesores de religión y sus textos, de los confesores, de los aranceles de la Iglesia, de la preparación de los apóstoles seculares, de la predicación. (¡Pobre predicador «íntegro»! el del *Ciervo*, en su «Sentir con la Iglesia, "pasivo"»; enero 1958). Salen al paso defendiéndose, algunos en el prólogo y en la «Punta» de su libro, diciendo que «plantear un problema correctamente es recorrer la mitad del camino para resolverlo»; o que «la colaboración más adecuada de los seculares en la Iglesia es denunciar las deficiencias, y a lo más, sugerir las medidas positivas»⁹.

Crítica negativista frecuentemente; y «hay que prepararse bien para hacer algo más que no conformarse con nada», que recomienda felizmente R. Sierra. Una crítica así, amarga, desanima, descorazona: no invita a trabajar, a hacer, a construir¹⁰. Porque casi se viene a querer persuadir que lo

⁷ En estos mismos días (febrero 1958) es tema de varias publicaciones lo de «derechas» e «izquierdas», «buenos» y «malos»: *Pueblo*, *Moncloa*. Los «ánónimos» del *Documento sobre el catolicismo español* debieran hacer distinción en lo que ha sucedido, «a pesar» o «contra» el sentido del Movimiento Nacional.

⁸ DESQUEIRAT, S. I.: *La crise religieuse des temps nouveaux* (Spes, Paris, 1955).

⁹ La producción es abundante y conocida, y con innegables aciertos: L. ALVAREZ: *En tierra extraña*; J. I. MONTOBBIO: *El hijo fiel*; etc.

¹⁰ De acuerdo con M. Gallego (*Pueblo*, 20-11-58: «Dignidad de la Crítica»): «El hombre que quiere opinar de todo es producto de estos tiempos. La verdadera dignidad de la crítica está en la valoración, realización y sugerencia.»

que se construye es ridículo; lo que se hace, no se debía hacer porque es política; lo que se planea es paternalismo, de empresario o sacerdotal; lo que se organiza es inflación religiosa; lo de dentro del templo y relacionado con el culto es barroquismo o integrismo cerrado; lo de fuera es coacción y clericalismo odioso. Parece que invitan a cruzarse de brazos, de no sumarse al coro criticista, esperando a que cambien las circunstancias actuales para decidirse a trabajar. Juzgando el extremismo de uno de los Documentos mencionados, anota bien L. Santos (*Colligite*, 12): «Su misión es de derrotismo atrabiliario, de melancolía fúnebre, de disconformidad esencial; su visión negra. Y un cuadro todo negro no es un cuadro, es un borrón.»

4) *Irenismo*. Con paradoja, mientras se ataca despiadadamente por un lado, se tiende la mano y se exhorta a abrir el corazón hacia los que militan en el error; por algo advierte Pío XII del «peligro, tanto más grave cuanto que se oculta bajo capa de virtud». «Muchos, deplorando la discordia del género humano y guiados por un imprudente celo de las almas, se sienten llevados por un interno impulso y propugnan una especie de irenismo.»

5) *Disconformidad con la Iglesia*. Al principio, y con sordina, haciendo distinción entre Iglesia y sacerdotes y Obispos; desde ese anticlericalismo, «con ansia de novedad se pasa al desprecio del magisterio de la Iglesia» (*H. Gen.*). Y se ataca al «catolicismo» español, que no existe, sino «católicos españoles»:

a) *Por aburguesamiento*: De los «católicos», como se repite peyorativamente en el Documento de *Esprit*; el bajo nivel de vida del obrero, dirán por ejemplo, escandaliza fuera de España. Aburguesamiento de sacerdotes y Obispos: Noirmont, en *La Revue Nouvelle*, insiste en el escándalo de la vida material de curas, religiosos, Obispos, «cuyo tren de vida desconcierta a los obreros»¹¹.

b) *Por no intervenir los Obispos*, o por intervenir demasiado. Llamarán absentismo, cómoda despreocupación a lo primero, y política servil a lo segundo. «Se critica a la Jerarquía por no intervenir en manifestaciones de la vida económica y social que se consideran injustas, en desacuerdo con la doctrina de la Iglesia; acallada la crítica, en parte, por la declaración de los Metropolitanos sobre cuestiones sociales»¹². Al pueblo le llega la concreción de este pensamiento así: Si la Iglesia (Obispos, sacerdotes) quisiera, esto (su escaso salario, su dificultad para la vivienda) se arreglaba en un momento. Muchos están ya desilusionados; otros siguen queriéndose «servir

¹¹ Contra nuestro aburguesamiento están las Pastorales episcopales: la citada de Mons. Tarancón; de Mons. Cantero y A Herrera sobre la conciencia social; las conocidas del Arz. de Valencia, Zaragoza, etc. Solución a ésta y varias de las dificultades puede verse, por ejemplo, en la segunda parte del artículo del P. Mesguer, S. I.: «Qué es y qué no es aburguesamiento de la Religión» (*Razón y Fe*, julio 1956).

¹² *Informations catholiques*, n.º 36.

de la Iglesia», y «recurren a los curas para hacer de ellos armamento de entrada con los poderosos; y se determina así un cansancio en el país hacia los hombres de la eternidad, transformados en agentes de cosas temporales»¹³.

O por intervenir autoritariamente, Roma y las jerarquías nacionales; Roma sobre todo. Algunas revistas extranjeras, con golpes bajos, hablarán de «miedo en la Iglesia», «estado de terror en la Iglesia» porque sus fórmulas de intervención son características de tal estado de ánimo¹⁴.

c) *Por no saber educar los religiosos*. Olvidan inculcar el sentido social, luego carecen del mismo. Fomentan la «vanidad de conciencia» por la equivocada táctica pedagógica del tema del pecado, fracasan en la formación del espíritu de pobreza, de las relaciones económicas, de la sinceridad¹⁵.

d) *Por no estar al día los sacerdotes*. En evidente inferioridad frente a los «héroes» sacerdotes del cine y de la novela, tan de moda. Los que escriben padecen arteriosclerosis sociológica o apologética, frente a los que se han asomado al extranjero y vienen lanzando diatribas concretas, directos impactos contra estructuras, organismos, realizaciones. Los «Inadaptados» de aquí, bajo el peso de la tradición, responden al ateísmo de agresión, con un dogmatismo de defensa. Son ciegos, «despistados», que no ven que donde avanza el progreso retrocede la vida religiosa; luego la civilización nueva está pidiendo otra cosa. Bien advierte aquí *El Ciervo* que «esa otra cosa no será que el clero joven vaya en Vespa, sepa hablar de cine, juegue al fútbol con sus muchachos» (enero 1958).

Enjuiciado nuestro clero por los extranjeros, no sabe uno si admitir como nota positiva el tradicionalismo, la seguridad dogmática, la seriedad de costumbres que nos conceden o darle su carga de ironía, a juzgar por el capítulo largo de acusaciones: ausencia del pueblo y sus problemas, ausencia de formas modernas de apostolado, «entretenidos» con el catecismo a los niños y algún pequeño sermón; incomprensión para el papel de los seglares en la Iglesia, etc.¹⁶.

El paso siguiente es irreprimible. Consecuencia que sacarán abiertamente, ahora o más tarde, o dejan que pese sobre la conciencia de todos: *reforma de la Iglesia*.

¹³ Card. Ottaviani, en su artículo: «Servir a la Iglesia, o servirse de ella».

¹⁴ Una refutación profunda y serena de esta acusación puede verse en *La peur dans l'Eglise*; declaración de Mons. Guerry, Arz. de Cambrai (*La Documentation Catholique*, 2-11-58). Se quisiera meter a la Iglesia por una línea política y ella lo rehusa; y vienen las reacciones.

¹⁵ MONTORBIO: *El hijo fiel (Euroamérica)*.

¹⁶ Interesantísimo resumen de lo que comentan publicaciones extranjeras sobre nuestro catolicismo en general, y concretamente sobre nuestro clero, puede verse en *Colligite* n.º 12 (dic. 1957).

Parece imponerse una última parte de refutación. No por exigirle el plan del artículo, sino alguna clase de lectores. Y bien hará quien por ahí tire. Nuestro plan era hablar de la actual tentación contra la Iglesia. Y creemos que la tentación es clara; casi diríamos que la caída también.

No hemos expuesto el capítulo blanco de los libres de asedio, multitud de hijos incondicionales de la Iglesia, con reacción como de instinto contra los primeros ataques. Ni el magnífico de los seguidores de la exigencia ignaciana, ante quienes caen los dardos sin penetración. Ni el simpático de los que, impresionados algún tiempo con las sombras, las vieron desaparecer a medida que se hacía luz en sus inteligencias, y tal vez pasaron al campo de los apologetas.

Cabe responder que bastantes de los ataques provienen, en el extranjero, de quienes, vencidos de la tentación, prácticamente luchaban ya en campo enemigo. Que sombras y ataques, dispersos con separación de tiempo y de espacio, significan mucho menos que agrupados; por eso se les da menos importancia; y, de hecho, en muchas partes aisladas carecen de ella. Que lo poco malo impresiona más que lo mucho bueno. Que puestos, no a engañarnos con adulación, sino a hacer un recuento de lo positivo, solamente en lo social, lo escrito y lo realizado por la Iglesia, es tan elocuente que resulta un argumento apologetico evidente.

Pero, repetimos, que hoy intentamos señalar el peligro. No para dar armas al enemigo; y sí sincera y humilde señal de alarma —que ojalá resulte infundada— para quienes, muchas veces con buena intención, pero no siempre con acierto, peligran en el rumbo; ellos mismos, casi insensiblemente, van perdiendo la estima, y con la estima el amor a la Madre Iglesia, y ayudan a que otros, débiles en la fe o fáciles al escándalo, sientan arreciar la tentación, poniendo ante sus ojos, con insistencia, los defectos, sin el contrapeso de lo positivo.

Sin pararnos del todo en el apuntar el mal, continuaremos un paso más. Decimos que ese fenómeno, como reacción contra algo que no está bien, que molesta en el engranaje de la vida común, que afea el rostro de la Patria y de la Iglesia, sería, con la debida proporción, un buen síntoma. Pero en su exageración, no; en su extremismo, menos; en sus desviaciones, tampoco; en sus peligros se impone la voz de alarma o alerta. No nuestra, naturalmente. Y se ha dado ya repetidas veces por quienes tienen autoridad para ello.

Para salir por los fueros de la Iglesia otros tendrán respuestas más oportunas o más tajantes; la nuestra de hoy es la siguiente: las maneras de reacción, como manifestación de repudio o ataque contra la Iglesia, tienen poco de original: son reducibles a crisis pasadas; se renuevan los nombres. Cabe cambiar nombres por nombres; revistas por revistas; personajes por personajes; mientras la Iglesia se mantiene sobre la «roca» archivando en sus anales capítulos escritos con nerviosismo juvenil o celo de reformadores.

Aunque —no en vano pasan los años— en forma más refinada hoy, más intensa, más universal y más «moderna»¹⁷.

Esto es para «tranquilizar» en parte; pero no para cruzarse de brazos. Para tranquilizarse mirando a la Iglesia, no a los que han tenido en sus manos la luz y tal vez la han metido bajo el celemin. Porque si en algunas épocas se ha llegado más allá, ha sido por el esfuerzo titánico de vigías, Pedro el primero. Y si la cizaña ha crecido con profusión lastimosa en otras, ha sido por el dulce sestear de operarios perezosos. E indudablemente que hay cosas que debieron enmendarse hace veinte o hace cincuenta años. Y esto hay que llorarlo y acusarlo, como incumplimiento de sería responsabilidad.

Analizando un poco despacio, con mirada retrospectiva, los acontecimientos «sociales», desde el balcón del Vaticano, se observan crisis religiosas, casi con la periodicidad de las económicas; y como si en las primeras se diera también la característica de las segundas: las más peligrosas son las de su superproducción, por inadaptación entre la producción y la demanda. También en lo religioso parece que la inquietud mayor está en la inflación, en la redundancia —de lo accidental, naturalmente—; redundancia que se origina en la facilidad, que trae el adocenamiento, el no trabajar la calidad, y el desprestigio y el desprecio; de la predicación, de las publicaciones de «hojas baratas» o revistas intrascendentes, de las organizaciones para poco y para pocos¹⁸.

En la consiguiente insatisfacción de la juventud viene la exigencia de nuevos rumbos, bien orientados al principio, torcidos después. La Iglesia va dando prudentes llamadas de aviso, hasta que en una fecha solemne lanza el «non possumus» o «non expedit» definitivo. La mirada histórica será un ver cómo se deshacen las olas contra la roca, sobre la que Cristo fundó su Iglesia; y ayudar así a vencer la tentación.

Pío IX fué llamado al principio «el Papa liberal» por unas normas de política amplias; y sin embargo a él le correspondería denunciar y condenar el *liberalismo*, el error más característico del siglo XIX, tendencia del espíritu a rechazar toda barrera que impide el paso libre al individuo, en el pensar y en el obrar, privada y públicamente. Con varios grados y facetas que no describimos.

Para el Papa del despojo de los Estados Pontificios, el sufrimiento mayor provino de los llamados «católicos liberales», que querían conciliar su catolicismo con los principios de libertad e independencia. En casi todas las

¹⁷ DESQUEBRAT afirma la crisis actual como algo universal que afecta a todas las clases sociales. Por eso más alarmante. Hace un estudio del hecho, sus causas y sus posibles remedios. Con enfoque psicológico y preocupación sociológica.

¹⁸ Abiertamente injusta la apreciación de *Le catholicisme espagnol (Esprit)* por generalizar, cuando juzga «las organizaciones de apostolado seglar, lánguidas, ridículas, despreciables; absolutamente ineficaces, angélicamente indiferentes a toda problemática social».

naciones se manifiestan. Puede que, heridos los católicos con el sambenito de retrógados, quisieran aparecer con gesto de avanzados. Cierta llega a establecerse una antinomia entre el progreso y la práctica del catolicismo que culmina en Bismark y el Kulturkampf. Llega a tanto que un economista belga, E. Levelaye, sin dejar de proclamarse hijo de la Iglesia, escribe el libro «La inferioridad de los pueblos católicos», que resulta un verdadero libelo. Uno de los efectos de ese sentimiento de inferioridad fué la desunión entre católicos «liberales» y «ultramontanos», al paso que la pluma de Renán iba helando la fe de los Dirigentes, poniendo de buen tono el alarde de incredulidad. Entra en escena Lammenais, fundando el periódico *L'Avenir*; colaboran firmas del prestigio de Montalembert, Lacordaire, Salinis. Su lema era la emancipación de la Iglesia, la emancipación cristiana de los pueblos. Por su audacia en el ataque tuvo un éxito extraordinario; pero entraron en terreno peligroso: para libertar a la Iglesia, separación de la Iglesia y el Estado, libertad de la enseñanza, de prensa, de conciencia. Gregorio XVI se vió obligado a condenar *L'Avenir* (1832), exponiendo el peligro del indiferentismo religioso.

Los dirigentes, en general, se sometieron; pero Lammenais apostató poco después, hasta caer en una forma de panteísmo, y fué condenado (1834) con *Singulari Nos*. Difícil era extirpar la semilla, y Pío IX en los dos documentos *Syllabus* y *Quanta Cura* compila y condena una serie de falsas doctrinas sobre la fe y la razón, la Iglesia y el Estado, el derecho y la sociedad: panteísmo, racionalismo, naturalismo, indiferentismo, socialismo, liberalismo. Cuantos seguían el mito del liberalismo desataron campañas de ataque con saña. El sentimiento producido fué de estupor, casi de escándalo en el mundo. No por novedad de la doctrina, sino por falta del «sensus catholicus» en las mentes que se decían cultas y que poseía como por instinto el pueblo. Esa falta del sentido católico hizo que muchos, aun admitiendo la doctrina de la infalibilidad, creyeran que no era oportuno proclamarlo. Frente a la postura de los recalcitrantes, los «católicos viejos» que siguiendo al rebelde Doellinger presentaron un pequeño cisma contra la infalibilidad pontificia y crearon el «movimiento de reforma católica», y prepararon el *Reformkatholicismus*, surgió el *Centro* alemán; en España las figuras incondicionales de Donoso y Balmes saliendo en limpia defensa de Pío IX; en Inglaterra la figura de Wiseman, paladín de la infalibilidad pontificia, tan adelantado en lo social a su tiempo y que mereció seguidores de la talla de Newman y Manning.

León XIII. Si comienza en el Pontificado anterior, él se encarga de salir definitivamente al paso al *Americanismo*, admirando por una parte el progreso técnico del pueblo norteamericano, pero sin callarse cuando se trata de dejar camino ancho a la verdad.

El americanismo, o catolicismo liberal, que sintió el prurito de *modernizar las cosas de la Iglesia*, aun los dogmas (con cierto paralelismo —salvadas las diferencias— con el *Reformkatholicismus* de Alemania, a la opuesta

del integralismo); y una prisa desmedida por la acción, con gran aprecio de las virtudes naturales y activas, desvalorizando las sobrenaturales y pasivas; vida exterior, fundamentada en la urgencia del apostolado.

El protagonista fué Herker, de origen protestante, y convertido al catolicismo. Fundó la Sociedad de S. Pablo (1865) para la conversión de los heterodoxos. Su celo y el de sus compañeros multiplicaron las conquistas. Deseoso de *armonizar el catolicismo con las corrientes modernas*, publica *The Catholic World*, que llega a ser la revista más popular en Norteamérica. Su programa es emotivo: consagrarse a la elevación de las clases humildes; amor patrio; utilización de todos los medios modernos para la salvación de las almas.

Apuntaba un grave peligro en su propósito de «querer ayudar a los católicos con una mano y a los protestantes con la otra» («mano tendida»), procurando «hacer fácil y ancha la entrada en la Iglesia», sin utilizar mucho en conservar los dogmas fundamentales, diciendo que había que tener en cuenta las exigencias del alma americana.

Herker murió en 1888, y sus discípulos continuaron propagando sus ideas. Cuando se publicó la vida de Herker, por Elliot, con prólogo de Mons. Ireland, y traducida al francés por Klein, del Instituto Católico de París, creyó León XIII llegado el momento de intervenir, y en carta al Arz. de Baltimore, Gibbons (1889), desenmascaró y condenó el Americanismo: por su tendencia a callar ciertos artículos de la fe o atenuarlos, con perjuicio de su sentido tradicional, aunque fuese en realidad, como decían, para atraer a los disidentes; por su empeño en restringir el poder y la vigilancia de la autoridad eclesiástica a fin de que los fieles desarrollen más libremente sus iniciativas y actividades; por rechazar la dirección exterior para aquellos que han recibido del Espíritu Santo interiores y secretas inspiraciones; por el desprecio de los votos religiosos; por la poca estima de las virtudes pasivas, como la obediencia y la humildad, que deben ser sustituidas por el celo animoso y la acción.

Los principales sostenedores de esta doctrina se sometieron .

De la Democracia Cristiana, cuyo capítulo más difícil se escribe en tiempo de S. Pío X, destacamos dos nombres: el del sacerdote *Murri* y el del joven *Sagnier*.

Murri es un nombre de agitación, de lucha, como arrancado de la novela «El Santo», de Fogozzaro. Contra la serenidad de los «conservadores» su ímpetu de demócrata; él acaudilla en Italia la extrema avanzada de la Democracia. La juventud le aclama y le sigue, le envuelve en el halago; y el halago no le deja ver claro, o reflexionar para atender la voz y el mandato de Roma.

Se empiezan a llamar, en alguna parte, con presunción y atrevimiento, los demócratas cristianos «cristianos sociales», y en otras, «socialistas cristianos». Se marca la división dentro de la democracia, en el seno de los

«Congresos católicos» italianos, en concreto. De palabra y con la pluma, Murri ataca despiadado a la serenidad y ponderación de Toniolo.

León XIII publica la *Graves de Communi* haciendo luz y marcando los campos; Murri, al margen de toda admonición, sigue fundando ligas y dando mítines y escribiendo artículos, en defensa de la autonomía de las obras profesionales con respecto a la autoridad eclesiástica. El anciano de Roma ni le entendía a él, ni los problemas de la Italia nueva.

Contra Murri tiene que publicar S. Pío X el «*Motu proprio*» e «*Il fermo proposito*». Pío X dirá: «Con grande amargura de nuestro corazón hemos tenido que condenar su desvío y detener con la fuerza de la autoridad el perjudicial movimiento...; tanto era mayor nuestra aflicción, cuanto veíamos incautamente arrastrados por falsa vereda a gran número de jóvenes queridísimos, de descollado ingenio, de celo ferviente, de capacidad bastante para poner manos a la obra con eficacia, si rectamente van encaminados» («*Il fermo*», n.º 22). Murri se separa de la Iglesia. Misterios de Dios.

Sagnier tiene un final mucho más simpático. Pero no adelantemos el final.

Le Sillon fué un «surco» que se abrió hace sesenta años y profundizó en la entraña del pueblo francés; pero a los once años se cerraba por imposición de arriba. La reja, con un ardor juvenil no controlado, hendía la carne viva y hubo que «echar tierra» para que desapareciera el surco.

León XIII alentó el movimiento producido por la R. N. e impulsó a sus componentes a ir al pueblo, para trabajar en él. Ganado por este lenguaje y porque sentía sangre de batalla en su cuerpo joven, y porque le mordía en el alma el ¡ay! de una clase abandonada, Marc Sagnier, puso al servicio del ideal su corazón y su oratoria, fogosa y convincente. Un líder. Y arrastró una masa de entusiastas. Y más actuando en el misterio.

Comenzaron unas reuniones clandestinas en la *Cripta*, que dió el nombre a una publicación. Allí con los estudiantes llevó a veces a algún obrero que expusiera los problemas que aquejaban a la masa trabajadora; lo que les separaba del mundo patronal y de los de arriba. Eran aldabonazos, con repercusión honda en aquellos corazones juveniles. La *Cripta* fué sustituida por *Le Sillon*, que iba a dar nombre al movimiento. Era un surco que se abría recto, con ímpetu de flecha. El disparo salía sin temblores de prudencia calculada. Donde se clavaba hería sin compasión: «Ir a la verdad con toda el alma.» «Venid con nosotros. Somos gérmenes vivientes, no podredumbre estéril... Animo. ¡Por Cristo y por Francia!»

Reconocen los sillonistas que para ser ciudadanos eficientes necesitan ser cristianos a conciencia. La vida interior hierve y se manifiesta en unidad de plegarias, lectura del Evangelio en común; las filas se van engrosando arrastrados, aun los intelectuales, por sus bellas fórmulas de expresión y la acción generosa y desbordante.

Pío X les recibe un día y les alienta y bendice: «Seguid a vuestro capitán, y sed valientes y constantes.» Y creció con ímpetu avasallador de torrente.

...Pero... ¿por qué no juntará la juventud la experiencia de la vida con el ardor que les empuja? Sagnier tenía a su disposición un torrente, ¿cómo mantenerle siempre en cauce seguro? Se desbordaba a veces. El mismo capitán, enardecido con aquel sonar fragoroso, se sentía enajenado y lanzaba consignas que luego tenía que reconocer que eran temerarias... Les invadió una idea con fuerza de pesadilla: «la Iglesia no hace el bien que puede; está anticuada; ¡hay que reformarla! No separarse de la Iglesia, sino apoderarse de ella».

Se abrieron a una estrecha colaboración con los no católicos. Brazos abiertos, mano tendida. Se les avisó del peligro. Los protestantes se frotaban las manos y les animaron a seguir por ese camino. Vinieron avisos de Roma: luego serías amonestaciones, y por fin la solemne intervención del Magisterio. Una mañana de agosto de 1910, por las calles de París, saturadas de sol, se comentaba en voz baja la condenación de *Le Sillon*, desde Roma. Se preveía el cataclismo de una tormenta aparatosa, una manifestación de protesta en Francia entera, de separación de Roma; que la pasión turbara la cabeza de los jóvenes.

Sin embargo, ni una protesta. Un acto de sumisión como habrá pocos en la historia tratándose de jóvenes fogueados por la acción. A los pocos días, en el órgano de la Democracia aparecía una carta de Sagnier a Pío X, sometién dose incondicionalmente, sin reservas, filial... Hubo jóvenes que copiaron de rodillas el documento que les sacrificaba, sacándoles sangre del corazón.

Años adelante Sagnier fué recibido por Benedicto XV; hablando de lo pasado, el Papa les advirtió que no había sido el jefe el de más peligro ni lo que más impulsó a Roma a dar el paso que dió, sino las manifestaciones de algunos centros docentes y, en concreto, de seminarios de importancia.

Las 65 proposiciones que S. Pío X condena contra el *modernismo* tienen el sabor de lección dura y tajante. No siempre procedió con esa solemnidad el Santo Pontífice, pero sí con dulce energía: al P. Semería, entusiasmado con Loisy, le dirá graciosamente Pío X: «Ensancháis las puertas para que entren los que están fuera, y obligáis a salir a quienes están dentro.» Al Presidente de la *Unión Económico-Social* italiana le escribe desaprobando el proyecto de disimular el carácter de católica para obtener más adhesiones: «No es leal ni decoroso el simular, cubriendo con pabellón equívoco, la profesión de catolicismo, cual si fuere mercancía averiada y de contrabando.» La reacción del Presidente, Medolano Albani, fué también edificante.

Prescindimos de los capítulos de la Historia contemporánea. Pío XI aclaró, sin vacilaciones, que no cabe socialismo católico; que católico y socialista se contradicen, aun cuando en el socialismo se reconozca una parte de verdad. Desilusionados debieron quedar cuantos habían iniciado ensayos, como el joven obrero austríaco O. Baur, que, preocupado por esta conciliación, hizo una consulta a Roma. Por entonces se lanzaban epítetos que aho-

ra parecen novedad: «Cristianos revolucionarios», «cristianos progresistas», «comunistas católicos».

«La Iglesia de Cristo nada teme por sí, pues está edificada sobre la piedra incommovible... ¡Tiene, además, en su mano la prueba que la experiencia de tantos siglos proporciona! Pero su materno corazón no puede menos de conmoverse ante los males que estas tempestades acarrearán» (Q. A. 58), decía Pío XI, y podía repetir su sucesor «hoy, cuando vemos combatidos aun los principios mismos de la cultura cristiana». Por eso, sometidos «con reverencia y obediencia al Magisterio de la Iglesia; aplicando la más diligente investigación, con prudencia y cautela, a las nuevas cuestiones de la moderna cultura y progreso, no crean, cediendo a un falso irenismo que los disidentes y los que están en el error, puedan ser atraídos, si la verdad íntegra que rige la Iglesia no es enseñada por todos sinceramente» (*Hum. Gen.*).

F. DEL VALLE, S. I.